

# La Lectura Popular



## Una equivocación

¿Quién no ha oído hablar en Valencia y aun en España, y tal vez hasta en el viejo mundo, del P. Galán? Pero como este boceto pudiera caer en manos de nuestros hermanos los habitantes del Mundo Nuevo, que hablan la hermosa lengua castellana, bueno será arrojar sobre el papel cuatro brochazos que pinten ó retraten, bien ó mal, al susodicho padre.

Toda Valencia le llamaba Padre y hasta Reverendo y Muy Reverendo P. Galán, pero ni era, ni había sido fraile, sino lisa y llanamente sacerdote secular, de carrera corta, pero de virtud tan larga, que murió en olor de santidad, y todavía se encomiendan á él muchas piadosas mugeres, que le conocían y veneraban como varon ejemplar y santo. Profesó siempre tan encendido amor al prójimo, su caridad era tan generosa y su celo por la salvación de las almas tan entusiasta, que no acabaríamos nunca si quisiéramos referir las mil anécdotas que del P. Galán se cuentan en Valencia.

Paseando cierto día por las Alameditas de Serranos, le pidió limosna un pordiosero andrajoso y medio desnudo. Registró inútilmente el P. Galán todos sus bolsillos y no encontrando en ellos más que algunas puntas de cigarro requemado, se metió en la caseta del guarda, se quitó los pantalones, los regaló al pobre y continuó paseando muy fresco y ocultando los calzoncillos bajo la raída sotana de color de ala de mosca. Al entrar en Valencia por la puerta de Serranos, uno de sus compañeros, sacerdote de buen humor, dijo al celador, recatándose:

—Registre usted al P. Galán, que debajo de la sotana lleva contrabando.

Dicho y hecho: lo detienen, lo hacen entrar en el fielato, le levantan las faldas y... el P. Galán no tuvo más remedio que confesar, ruborizándose, lo que había hecho con los pantalones.

—¡Rechápirol con los agujas estos de portal... (decía saliendo del fielato y reuniéndose con su compañero, que se moría de risa.) Son capaces de avergonzar al lucerodel alba.

¡Rechápirol era la interjección inocente y favorita del Padre Galán, duro, mal-humorado y hasta grosero en apariencia; pero blando, regocijadísimo y bondadoso como nadie en realidad.

Nada tenía, además, de lo que significa su apellido; pues era tan feo como enemigo del convencionalismo cortesano y vestía desaliñada y pobremente. ¿Quién había de adivinar que debajo de tan mala capa se ocultaba tan buen bebedor?

Diariamente pasaba dos ó tres horas en el confesionario de San Andrés, parroquia de la cual era vicario; y mientras trataba con aspereza á las beatas, lanzándoles á boca de jarro frecuentes *rechápiros*, se desvivía por la conversación de los verdaderos pecadores, salía del confesionario, entraba con ellos en la sacristía, los confesaba allí amigablemente, suavizando asperezas, obviando dificultades y recibiendo, en una palabra, con los brazos abiertos á la oveja descarriada, que á veces había permanecido veinte y treinta años fuera del redil de la Iglesia.

En medio de su ruda corteza era tan sencillo, que algunos tunantes abusaban de su candor fingiendo necesidades y mintiendo desgracias para estafarle los pocos dineros que tenía; pero averiguado el caso, exclamaba el P. Galán:

—¡Rechápirol ¡Qué chasco, qué chasco se llevó el perillán! Se figuraba que yo le podía sacar de apuros, y me pescó únicamente los tres duros que me quedaban. ¡Qué chasco, qué chasco!

Su hermana y casera á la vez le sermonaba con frecuencia para que no fuese tan tonto, que lo daba todo, y para que, de noche cuando menos, descansase tranquilo y confiado en el vicario de guardia; pero ni por esas. Muchos domingos no encontraba camisa limpia para mudarse, porque las había dado todas á los presos, ancianos de las Hermanitas, mendigos, etc., durante la semana; y apenas llamaban á la puerta de su casa, aunque fuese á altas horas de la noche, instintivamente y medio dormido aún, se tiraba de la cama, se vestía de cualquier manera y salía á la calle diciendo ó pensando:

—¡Qué pícara humanidad, rechápirol No hay noche que medejen dormir tran-

quilo. Por supuesto, yo tengo la culpa que acudo en cuanto me llaman. Que le pegan á uno un navajazo por estos barrios y pide confesión, al P. Galán corriendo, que se levante y que venga. Que á otro le da un soponcio inesperado, á escape con la Unción el Padre Galán. Que se tiran los cacharros á la cabeza dos feligreses de San Andrés, pues el Padre Galán paga los vidrios rotos, y P. Galán por arriba, P. Galán por abajo, aquí me tienen ustedes hecho un azacán, yendo y viniendo á todas horas y convertido en el burro de la parroquia. ¡Rechápirol ¡Estó ya pasa de castaño obscuro!

Y en efecto, así pasaba, y el P. Galán era el paño de lágrimas con el que se enjugaban todas las dolencias morales del contorno y algunas necesidades materiales apremiantes y de poca entidad; pues, como sabemos, nunca tenía un cuarto.

Promediaba el mes de enero, y serían como las tres de la mañana. Hacia frío, producido por el fuerte viento más bien que por la baja temperatura, que muy pocas veces llega en Valencia á cero grados. Los serenos habían apagado ya la mitad de los faroles y no se veía alma viviente por las calles: obscuridad, frío y silencio por todas partes. Valencia descansaba de las fatigas del día, sin que se oyese ni aun la tranquila respiración del que duerme á pierna suelta.

¡Pum! ¡pum! ¡pum! tres aldabazos retumbantes se oyeron de repente en la calle de Vilaragut. Momentos después tiraban de la cuerda desde el tercer piso de una modesta casa, se abría la puerta de la calle y preguntaban desde arriba.

—¿Qué ocurre?

—¿Es usted el P. Galán?

—Para servir á Dios y á usted.

—Pues que vaya usted corriendo á la calle de Ballesteros, núm. 4, para confesar á uno, que se está muriendo, mientras yo voy á la botica.

—Voy á escape.

El P. Galán, refunfuñando y echando *rechápiros* á media voz, acabó de vestirse, se encasquetó un gorro de terciopelo negro, se embozó en su manto viejo, y salió á la calle.

La calle de Vilagarut no está lejos de la de Ballesteros; pero como los serenos y vigilantes ya se habían retirado á sus respectivas madrigueras, esto es, á ciertos soportales y rincónes, en donde se guarecen de las inclemencias pasando gran parte de la noche en amigable tertulia, no encontró absolutamente á nadie en el corto trayecto. Dos veces le desembozó el viento y otras dos volvió á embozarse el P. Galán, pensando en que la noche era apetitosa para saltar de repente desde la cama á la calle.

Busca que te buscarás el núm. 4 en la calle de Ballesteros, y el núm. 4 no parece. Dió por fin, con él, y nada; todo cerrado y nadie le espera. Se decide á llamar, alborota la calle con la aldaba y nadie contesta.

—Sin duda he oído mal, ¡rechápirol! Sería otro número ú otra calle. Busquemos.

Y buscando buscando paseó la calle, que por fortuna es corta, de arriba á bajo, mirando todos los balcones y reconociendo todas las puertas; pero sin resultado. Al parecer, en aquellas casas nadie pensaba en morir y dormían todos como lirones. Buscando, buscando, dobló inmediatamente la esquina, entró en la calle de Virués, y á los pocos pasos dió con una escalerilla abierta, por la que descendía cierto rumor lejano.

—¡Rechápirol! Ya podía yo buscarlos en la otra acera hasta el día del juicio por la tarde. Aquí debe ser: subamos.

La escalera estaba obscura como boca de lobo, despedía olores nada gratos, la calle no podía ser más sospechosa, y, sin embargo, el P. Galán no vaciló, ni le ocurrió siquiera que podía ser imprudente ó peligroso meterse de rondón en semejante casa. Se agarró á la barandilla y subió poco á poco hasta el primer piso, La puerta de aquel cuarto estaba cerrada, pero en cambio se oía grande algazara, procedente del segundo piso. Semejante jolgorio no era, en verdad, propio del cuarto de un moribundo; pero ¿quién dijo miedo? ¿Y si el pobre se encuentra en casa ajena donde tan pocos miramientos suelen guardarse con los enfermos? Arriba y adelante: ya estamos.

—¡Ave María Purísima!

Tan bendita invocación pronunciada por el P. Galán, no hubiera producido asombro mayor en los infiernos, entre aquellos desgraciados, que, como dice Santa Teresa de Jesús, ¡no aman!

La guitarra que tenía una mujerzuela, las carcajadas con que eran recibidos sus cánticos lúbricos, el jaleo que con palmas y garrotos producían ciertos chulos y parroquianos del mismo pelaje, todo cesó

de repente mirándose asombrados unos á otros.

—¡Ave María Purísima!—repitió el P. Galán,

El chufo de la casa montó un revolver, y ocultándole detrás del tronco del cuerpo, salió á la puerta diciendo:

—¿Quién va ahí?

Al tropezar con un sacerdote cambió inmediatamente de tono y exclamó alborozado:

—Adelante, padre cura, adelante. Muchachas, aquí tenéis un reverendo que viene á hacernos una visita.

—Buenas noches tengan ustedes—dijo el P. Galán, torciendo el gesto al encontrarse de narices con tan repugnante espectáculo.

—Buenas noches nos de Dios—contestaron aquellas malas pécoras, afectando entonación mongil y gangosa.

—¿En dónde está el moribundo?—preguntó el P. Galán.

La honrada reunión soltó una carcajada, celebrando la ocurrencia del padre cura.

—¡Rechápirol! no hablo en broma. Me han llamado para confesar á un enfermo de gravedad, y aquí me tienen ustedes.

—Tiene razón el Padre (dijo entonces uno de los presentes, tratante en caballerías ó mayoral de diligencias por su aspecto). Que entre, que entre á confesar al tío Patato, que está ahí muriéndose.

Al decir esto guiñó el ojo á la ocurrencia y todos clamaron:

—Es verdad, es verdad. Micalet, acompaña al Padre.

Dicho y hecho. Penetraron en un cuarto próximo, sin más luz que la que entra por la puerta, y aproximándose á una alcoba con cortinas de rojo y sucio percal, dijo Micalet:

—Ahí se queda usted con el enfermo: no cierro del todo la puerta para que vea usted algo, pero desde fuera nada se oye.

Micalet salió mordiéndose los labios para no reírse, y haciendo señas á los demás para que no alborotasen, á fin de representar mejor aquella farsa que se les había entrado por las puertas.

En efecto ninguno de los presentes había llamado al P. Galán, y sobre el fementido colchón de un pobre catre dormía el tío Patato la mona más descomunal que había cogido en su vida.

—Buenas noches, hermano—dijo el Padre Galán acercándose á la cama.

Por toda contestación el tío Patato pegó un gruñido, y girando sobre su tronco dió la espalda al sacerdote.

—¡Rechápirol! no se amilane usted, hermano; aquí de los valientes.

El tío Patato deshizo la vuelta anterior abrió los ojos desmesuradamente, y de su pecho se escapó una cosa así como bufido ó suspiro ruidoso y hondo.

El P. Galán se sentó en una silla desvencijada que junto á la cabecera estaba, tomó la mano del borracho y dijo:

—Dé usted gracias á Dios hermano por que en tan duro trance, en semejante casa y á altas horas de la noche, le envía un sacerdote para que se disponga convenientemente.

Ante la idea de la muerte, la inteligencia del tío Patato se despertó como por arte mágica; miró al P. Galán con espanto, se estremeció de pies á cabeza, y medio entre dientes y con la lengua pegada al paladar, preguntó:

—¿Tan malo estoy?

—Yo no digo, hermano, que la enfermedad de usted sea de muerte, ni mucho menos; pero si aseguro que por ponerse bien con Dios, preparándose para el último viaje con la confesión y el santo Viático, no he visto morir á nadie; antes al contrario, muchos, muchísimos sanan de cuerpo y alma á la vez. Conque ánimo, hermano; cuánto tiempo hace que no se ha confesado usted?

—Muchos años.

—¿No recuerda usted cuántos, poco más ó menos?

—Lo menos veinte.

—¡Rechápirol, buena pesca, buena pesca!—pensó el Padre Galán y en seguida dijo en alta voz:

—No importa, amigo mío, no importa. Recuerde usted los principales pecados de su vida pasada, y no olvide que un solo momento de contrición fué bastante para hacer de un ladrón un santo.

El tío Patato se enterneció, la gracia divina llamó á su alma por conducto del bendito P. Galán, se serenó por completo el borracho, comenzó á derramar lágrimas hilo á hilo, é hizo una especie de confesión general improvisada, que llenó de regocijo al P. Galán, y á los ángeles.

Enterado el confesor por el mismo penitente de la farsa de que ambos estaban siendo víctimas, convinieron en que el tío Patato saliera inmediatamente de aquella infame casa y acudiese al siguiente día á S. Andrés, y el P. Galán se despidió del su puesto moribundo y salió del cuarto para marcharse.

Las mujerzuelas sofocaron sus risas y burlas; pero Micalet, fingiendo formalidad é interés por su compinche, preguntó:

—¿Cómo está el pobre?

—Encomiéndenle ustedes á Dios... y como ha de ser... no hay remedio... para eso hemos nacido.



Micalet casi perdió el sentido del susto que le cansó la idea de que el tío Patato se había muerto de veras; precipitáronse todos en el cuarto del borracho, y entre tanto descendía el P. Galán escalera abajo diciendo:

—¡Rechápiro! con la gentuza esta. Han querido burlarme y quedan burlados; pero ¡cuán admirables son los caminos de la Providencia! ¡Quién me había de decir que en semejante lugar y por medio de tan indigna farsa se haría tan hermosa pesca! ¡Bendita equivocación! ¡Bendita equivocación!

Y el P. Galán regresó á su casa sin dar con el verdadero enfermo, y repitiendo sin cesar la frase dicha.

Transcurrido un año, mientras cantaban Vísperas en el coro de la parroquial iglesia de S. Andrés, una revendedora del mercado, aragonesa por su aspecto hombruno y sayas cortas, con un simple pañuelo de algodón á la cabeza por mantilla, entró en el templo, y al pasar frente á la capilla de Ntra. Sra. de los Desamparados, se detuvo, rezó con gran fervor una galve, y se metió en la sacristía. Llamó al P. Galán por medio de un monagillo, y momentos despues besaba y humedecía con sus lágrimas la mano del popular vicario.

—Serénese usted, ¡rechápiro!, serénese usted y pasemos al confesonario.

—Dios se lo pague á usted y le corone de gloria en medio de los cielos!

—Pero... ¿no viene usted á confesarse?

—No, señor, vengo á darle las gracias por el bien grandísimo que le debemos.

—No recuerdo...

—Lo creo, P. Galán; pero yo no lo olvidaré en mi vida. Soy la muger del tío Patato... de aquel que se confesó con usted una noche... en cierta maldita casa...

—¡Ah! Si, ya recuerdo... en la calle de Virués. ¿Y cómo está, cómo está mi hijo de confesión?

—Admirablemente, gracias á Dios y á usted. ¡Jesus! No sé como pagar á usted favor tan grande.

—Pero ¿se porta bien?

—Calle usted por Dios, que desde aquella noche mi marido no es el mismo. No ha vuelto á poner los piés en la taberna, ni tiene aquella lengua de hacha que ponía los pelos de punta, ni les pega á los muchachos, ni nada, en fin, de lo mucho malo que antes hacia. Trabaja á lomo caiente y me trata con tanto mimo que, vamos, para que, sería cuento de nunca acabar decir las bendiciones que por usted se nos han entrado en casa por las puertas.

—¡Bendita equivocación! Pero usted, rechápiro!, ¿como ha sabido...?

—Calle usted, P. Galán; nos ha costao mucho averiguarlo, porque el pobrecito de mi marido ni mentar quiere semejante cosa. Todo el mundo tiene su alma en su almario y el que más y le que menos es hombre honrado y de verguenza...; pero, mire usted, entre la señora Juana y yo le hemos sacado del buche á Micalet, y poco á poco lo hemos averiguado todo.

—¡Rechápiro! Y Micalet, ¿no se ha convertido?

—Convertirse, no, pero se ha corregido bastante, porque ha de saber usted que se llevó un susto de muerte cuando, despues que usted se marchó, entró en el cuarto y se encontró á mi marido haciendo el muerto tan á lo vivo...

—¡Bien hizo, rechápiro, bien hizo! Qui sieron burlarme y quedaron burlados.

—Pues mire usted, Juana la de Micalet, me ha encargado que le diese á usted las gracias de su parte, y que si en algo somos buenas ya sabe usted que tenemos parada en el mereado.

—Gracias, gracias. Digan ustedes á Micalet que hasta que no se confiese no se enmendará del todo.

—Tiene usted razon. P. Galán: se lo diremos, y Dios se lo pague á usted y se lo recompense en la gloria.

La señora Ramona besó media docena de veces la mano del vicario, y el P. Galán regresó al coro repitiendo entre dientes:

—¡Bendita equivocación! ¡Providencial equivocación!

Manuel Polo y Peyrolón

## REFLEXIONES

Lo que llaman casualidad no existe. La Providencia rige los destinos de los hombres y por medio de sucesos que á nosotros nos parecen fortuitos, vá encaminándonos hácia el bien, á la manera que la naturaleza, cuyo autor es tambien Dios, por medio de sus movimientos, va alimentando nuestra vida física y proporcionándonos el pan, el agua, el aire y cuanto necesitamos para no morir.

—Luego así el mundo físico como el mundo moral serán una especie de máquina?

—Si, pero una máquina cuya rueda principal, el hombre, es libre para funcionar de una ú otra manera. El hombre es libre y funciona bien ó mal obe-

diendo ó desobedeciendo libremente á Dios. Cuando el hombre obedece Dios que cuida de él, hace que su vida se desenvuelva perfectamente hasta alcanzar su último fin. Cuando obra mal, Dios, lleno de misericordia, le envia áun gracias en forma de inspiraciones secretas, de movimientos del alma y áun de hechos exteriores que le mueven á variar de ruta y seguir el buen camino. Esto es lo que el Sr. Polo se propuso probar con el anterior relato histórico cuyo hecho fundamental es uno de tantos de que está sembrada la vida de casi todos los hombres. ¡Cuántas veces no nos ocurren sucesos que determinan en nosotros nuevos modos de ser, de pensar y de obrar! En ellos brilla la gracia de Dios.

Nada hay indiferente, en nuestra vida, nada casual, nada fortuito.

Y se comprende la razon.

Si el mecanismo de los artejos de un insecto está lleno de maravillas, si la savia que vivifica una brizna de yerba está sujeta en su marcha á leyes admirables que demuestran el cuidado que la Providencia tiene de la vida física de los seres más despreciables, ¿cómo es posible suponer, sin renunciar al sentido comun, que los sucesos de la vida humana que tanto pueden influir en su desarrollo moral, sean hechos ciegos, casuales, fortuitos, meros accidentes de la llamada casualidad?

Lo repetimos; la casualidad no existe.

Mejor dicho: la casualidad es el Dios de los tontos.

ADOLFO CLAVARANA.

## UN SUCESO PORTENTOSO

Del diario frances *La Verité*, entre cortamos la historia del hecho siguiente, de que tanto ha hablado los pasados dias la prensa de Italia y comprueba lo que hemos sostenido en los articulos anteriores.

Quando tuvieron lugar el pasado noviembre en Calabria y Sicilia los espantosos terremotos, se hallaba en Francia un caballero de la ciudad de Palmi, que habia sido la más castigada de todas las poblaciones por el movimiento seísmico, y en donde permanecia toda su familia. Al leer en los periódicos que todos los edificios de su pueblo natal, que contiene 15.000 almas, se habian desplomado sin quedar ni uno siquiera en pié, lleno de inquietud y de congoja no hacía

más que telegrafiar y pedir noticias de la catástrofe, cuando á la mañana siguiente recibió esta grata contestación: *Todos nos hemos salvado: escribiremos.*

No estaba todavía nuestro hombre libre de zozobra por no atinar cómo podía salvarse su familia habiéndose derrumbado todas las casas de la ciudad, cuando leyó en un periódico que la protección especial de la Virgen del Carmen había salvado de una muerte segura á todos los habitantes de la referida ciudad de Palmi. Al fin recibió el 28 de noviembre la anunciada carta de sus tres hermanos, en que le referían el milagroso y edificante favor que habían recibido de la Reina del Carmelo. He aquí el compendio y resumen de dicha carta:

Eran las seis de la tarde del día 16 de noviembre, cuando se sintieron dos violentas sacudidas de tierra en toda la ciudad, en tanto que las campanas de la Iglesia principal eran volteadas con mucha rapidez, llamando á los habitantes á que viesan por sus propios ojos el nuevo milagro obrado por la imagen de Ntra Señora del Carmen. En efecto, media hora antes de sentirse el terremoto vieron varias personas que la venerada imagen daba manifiestas señales de vida, y que cuanto más fuertes y frecuentes eran las sacudidas subterráneas, iban también en aumento las visibles señales de la acción reveladora. La iglesia estaba literalmente ocupada, y no podía contener la multitud que se agolpaba, porque todos querían ver de cerca la maravillosa imagen que abría y cerraba los ojos, y dirigía á todas partes su mirada, expresando al mismo tiempo señales de un profundo dolor, mientras que su rostro se ponía alternativamente ya pálido, ya colorado, brotando de sus divinas mejillas abundantes gotas de sudor.

Este milagro duró todo el día, sintiéndose al mismo tiempo en la ciudad repetidos fenómenos seismológicos. Al anochecer cerraba frecuentemente los ojos la milagrosa imagen después de haber girado por todos los ámbitos de la iglesia una mirada compasiva que anunciaba á la multitud la proximidad de la catástrofe. Admirados con la vista de este espectáculo, todos los concurrentes pidieron á una voz que fuese llevada la imagen en procesión por toda la ciudad. Este deseo fué una inspiración divina que libró de una segura muerte á todos aquellos piadosos cristianos; inmediatamente se formó la procesión y todo el mundo se puso en marcha con el más profundo recogimiento, procurando cada uno colocarse lo más cerca posible de la Virgen, cuyos ojos continuaban cerrados, y de cuyas mejillas corrían hilos de lágrimas. Al toque del *Angelus*, que serían próximamente las seis de la noche, acababan de salir de la iglesia los últimos fieles, y llegaban todos á la plaza, donde rezaron con fervor singular la sublime plegaria de la Anunciación de Nuestra Señora, cuando de súbito se sintió una terrible sacudida, cayendo instantáneamente á tierra todas las casas y edificios de la ciudad, lo cual

produjo un estruendo espantoso; pero quedaban en salvo todas las personas reunidas en la plaza junto á la imagen de la Virgen del Monte Carmelo.

Portentoso fué el milagro que Dios obró por mediación de su Madre; quince mil personas habían sido protegidas milagrosamente por ella, atrayéndolas á la plaza de manera maravillosa á la hora del cataclismo, á excepción de veinte habitantes solamente.

Estos veinte murieron por haberse encontrado dentro de sus casas, y bien podemos aventurarnos á afirmar, por el mero hecho de no haber acudido á la procesión en tales circunstancias, que las tales personas no serían las más devotas de la población; y ¡bien hubo cerca de trescientos heridos, en su mayor parte no eran más que de rozaduras y heridas levisimas, como sucedió con uno de los hermanos del antes citado caballero, que recibió un golpe de ladrillo, lo cual no le impidió el escribir algunas líneas en la carta arriba transcrita.

Si con atención examinamos los terribles efectos que de ordinario producen los temblores de tierra tan tremendos como éste, y las víctimas que debia haber acarreado si todos los habitantes de la ciudad se hubiesen encontrado dentro de sus casas, como debia haber sucedido si la Santísima Virgen no les hubiese protegido tan visiblemente, comprenderemos entonces la imposibilidad de negar lógicamente la intervención milagrosa de la Reina del Carmelo en favor de sus devotos habitantes de Palmi.

### OTRO SUCESO DE LA MISMA INDOLE

Nos escribe la R. M. Abadesa de Sta. Clara de Ocaña:

Como Abadesa de esta comunidad, declaro, para mayor honra y gloria de Dios y del glorioso S. José, cómo sucedió un caso maravilloso atribuido á la valiosa y eficaz protección de este Santo patriarca por las circunstancias que en él concurrieron. Merced á tan eficaz Protector, le debemos nuestra existencia las Religiosas de esta comunidad.

Estando el domingo, 13 del mes de mayo año 1889 las Religiosas de esta comunidad congregadas á las cuatro de la tarde en el coro alto, para dar principio al acto solemne de las «Flores» que en alabanza de Ntra. Madre Inmaculada se venia tributando en público hace 35 años consecutivos, se levantó una terrible tempestad. Terminando el santo Rosario, y entonándose en el coro la Letanía lauretana, al llegar al verso *Virgo fidelis*, resonó en todo el ámbito del coro y templo un espantoso trueno que aterró á todo el auditorio y Religiosas, quedando suspensas las voces del órgano y canto, suscitándose grandes lamentos y gritería en el auditorio, por que veía que el coro estaba todo iluminado y como ardiendo. Una chispa eléctrica había caído en la torre y penetrado en él, deteniéndose providencialmente en una efigie de talla del glorioso S. José, que con su valioso poder recibió el rayo en sus benditas manos y le contuvo milagrosamente en su florida vara, para librar á las Esposas del Señor y al devoto concurso de fieles de las desgracias que suceden en semejantes casos. Ninguna desgracia personal ocurrió

en éste á pesar de ser tan numeroso el concurso de fieles y de haber tanta variedad de circunstancias en el estado de los concurrentes; y ni siquiera las Religiosas fueron tocadas por la exhalación, á pesar de haber descargado sobre ellas, algunas de las cuales estaban arrodilladas debajo de la efigie del Santo cuando cayó el rayo. La mano de S. José que sostenía la vara quedó toda ennegrecida; el ramo de la vara se convirtió en cenizas, indicando con esto el glorioso Santo que había con su valiosa protección librado de ser víctima de tal catástrofe á una Comunidad de vírgenes del Señor, que sin interrumpido fervor y perseverancia tributaban tan gratas alabanzas á la Madre del Amor hermoso, por espacio de tantos años consecutivos. No sólo salvó la vida este fidelísimo protector al numeroso concurso de fieles congregados, sino que en medio de conflicto tan angustioso, dió grande serenidad de ánimo á las Religiosas, para que después de calmado el susto de los fieles, continuasen cantando la Letanía desde el verso en que la suspendieron. La chispa eléctrica recorrió fuera del coro varios sitios del convento, causó varios desperfectos en dorados, metales y paredes, y recorrió el coro bajo, en donde estaba una Religiosa, y pasando la chispa por encima de su cabeza no la produjo la menor lesión, y si causó desperfectos en los dorados de los cuadros que en dicho coro había. Público este prodigioso suceso para mayor gloria de Dios, de su Sma. Madre y alabanza del glorioso San José.

Entre testigos oculares de este prodigioso caso figuran los Presbíteros Sr. Cura Párroco de San Juan Bautista de esta villa D. Evaristo Molineros, y D. Jesús Díaz Marta, y la Abadesa actual, que lo era también entonces.

FOLLETOS DE PROPAGANDA, por D. Manuel Polo y Peyrolón, catedrático del Instituto de Valencia:—Hemos tenido el gusto de recibir los siguientes en los que el autor realiza admirablemente su cristiano pensamiento de difundir las verdades católicas en forma amenas y atractiva por lo cual merecen ser muy recomendados.—Burgueses y Proletarios.—Pan y Catecismo.—Las malas lecturas.—¿Hay acaso Providencia?—El trabajo y el salario.—Errores y horrores contemporáneos.—¡Pícaros frailes!—No obstante sus muchas páginas y copiosa lectura, se venden todos ellos en casa del autor (plaza del Colegio del Pátrarca, 4) al precio ínfimo de diez céntimos de peseta, se abona a los liberos el 25 por 100, y sin el menor recargo se remiten á correo vuelto.

### LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias accionales y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que es accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

#### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción . . . . . 4 pesetas mensuales.  
Media id. . . . . 2 " "  
Un cuarto id. . . . . 1 " "  
Un octavo id. . . . . 0'50 "

Por medio de correspondencia 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.